

LA DINÁMICA ACTUAL DEL MUNDO SOCIALISTA

Al promediar el mes de octubre, dos hechos conmovieron al mundo: la remoción de Nikita Khrushchev de los importantes cargos que ocupaba en la Unión Soviética y en el Partido Comunista de dicho país y la primera experiencia atómica efectuada por la República Popular China.

Los hechos que indicamos, ocurridos ambos en el llamado "mundo socialista", produjeron preocupación en todos los círculos, de izquierda y de derecha, y dieron pie a extensas y a veces absurdas profecías. Transcurridos varios días y habiéndose aquietado el ambiente internacional, es posible juzgar el reemplazo de Khrushchev y la explosión atómica china con más tranquilidad y perspectiva de mayor alcance. Tiene especial interés, tanto como el análisis de los factores que gestaron los hechos indicados, el examen de las proyecciones internacionales de carácter general que ellos implican y la sucesión de nuevos cambios que parecen haber desatado en el plano de las relaciones de los Estados socialistas entre sí y con los movimientos populares y partidos de izquierda de los países capitalistas y subdesarrollados.

Sin la pretensión de abarcar el tema en su integridad, vale la pena anotar algunos hechos no suficientemente destacados y aventurar algunas especulaciones en torno a lo sucedido.

LA EPOCA OSCURA A la muerte de Lenin, ocurrida en Enero de 1924, sucedió un período de dura prueba para la Unión Soviética. Quedaban atrás las páginas talvez más gloriosas de la historia revolucionaria del mundo y se abrían los nuevos días de trabajosa lucha por construir lo que la Unión Soviética es hoy. La situación rusa era en extremo delicada. Había sido víctima el nuevo Estado, de un ataque iniciado por una mancomunidad numerosa de países capitalistas, se encontraba en una situación económica deficiente y las posibilidades de una revolución obrera en Alemania se habían descartado definitivamente.

Las condiciones eran, sin duda, aptas para la creación de un régimen estrictamente centralizado y fuerte; a su materialización, mantención y desarrollo se abocó Stalin. Los hechos posteriores y sus causas son ampliamente conocidos: el régimen soviético se transformó en un cuerpo altamente burocratizado.

El burocratismo fue una muestra clara de incapacidad para la superación de los múltiples y naturales problemas que presenta todo régimen de centralización, no absolutamente malo en sí, sino en cuanto deviene en un alejamiento acelerado de las capas dirigentes con respecto a los trabajadores.

La instauración stalinista de una dictadura "sobre" los trabajadores y no "por" los trabajadores, creó un estrato nuevo dominante, diferente de una "clase" ya que no era poseedor de los medios de producción, pero semejante a ella en la medida en que sometía a otros sectores a su batuta inflexible y les negaba participación en la conducción nacional y partidaria. Los desniveles fueron su consecuencia y el descontento su producto principal.

El sistema requirió, entonces, de una bien montada maquinaria de terror, mediante la cual Stalin no sólo mantuvo e hizo más férreo su régimen, sino que, además, procedió a eliminar a amplios sectores dirigentes que no le eran afectos o que, sencillamente, no concordaban o criticaban su política.

El costo de la realización y logro de los propósitos de Stalin, fue arrasar con los más caros principios del socialismo, olvidar por completo los valores de lo humano, siempre tan presentes en Marx, y transformar el régimen feudal zarista en uno totalitario tan enajenador como el que reemplazaba.

No obstante, el stalinismo permitió a la Unión Soviética un avance material notable. La dirección enérgica de la economía, la inauguración del sistema de planes quinquenales, la reducción de la tasa de consumo interno con el consiguiente aumento del ahorro y la capitalización, permitieron a la Unión Soviética alcanzar un alto grado de desarrollo industrial, técnico y científico, transformarse en una de las grandes potencias mundiales y pasar a dirigir, hasta ese momento sin disputa, la avalancha universal que trajo consigo la postguerra en que las fuerzas del socialismo se impusieron en la Europa Oriental, a veces por la sola y heroica fuerza de los trabajadores, como en Yugoslavia, y otras con la apreciable ayuda militar soviética.

KHRUSCHEV ABRE LOS FUEGOS Si bien el monolítico sistema stalinista sufría ya un primer desbrote con la actitud independiente de Yugoslavia, lo que acarrió a la nación de Tito una fuerte represión económica y la hizo víctima de infinitas agresiones militares fronterizas, la consideración de la Unión Soviética y del PCUS como "centro" del movimiento socialista mundial era una verdad indiscutible.

La muerte de Stalin y la denuncia de los oprobios de su régimen por Nikita Khrushchev en el XX Congreso del PCUS, inauguró una nueva era para el movimiento comunista mundial y para el pueblo soviético. El XX Congreso es el momento histórico que marca los inicios de una vida más venturosa para los trabajadores de la

URSS, de cambios profundos en la política internacional y del nacimiento de reveladoras contradicciones en el seno del socialismo mundial que han conducido a considerar de manera diferente los problemas de la dirección del movimiento.

Las renovaciones introducidas en la política soviética por el XX Congreso, no pueden, sin embargo, explicarse a través de apreciaciones subjetivistas como algunos lo han hecho. El punto central en la modificación del sistema soviético fue, sin duda, la circunstancia de que las condiciones internas y externas, dadas en ese momento determinado, permitían y, más aún, hacían inaplazable dicha modificación.

En el plano económico, la Unión Soviética ha conseguido —y con holgura— arribar a las metas propuestas. Su desarrollo industrial ha sido realmente vertiginoso y se aproxima con seguridad a ganar la "emulación" o competencia económica con los Estados Unidos y el mundo capitalista, elemento que se ha transformado en una de las claves y basamentos de la política soviética.

Las cifras últimas nos indican que entre 1913 y 1963, la Unión Soviética aumentó su producción 52 veces, mientras los Estados Unidos aumentaban la suya 6 veces, Francia 2,8 e Inglaterra 2,1 veces. En los últimos diez años, la Unión Soviética aumentó su producción industrial per cápita en 128%, mientras los Estados Unidos sólo alcanzaron un crecimiento del 15%.

Los gastos de salud y enseñanza, efectuados principalmente a través del sistema de fondos sociales de consumo, según datos entregados por el economista norteamericano Lynn Turgeon en un trabajo publicado en 1963, aumentaron en un 700% entre 1928 y 1955; mientras el enrolamiento escolar soviético, según el mismo investigador, crecía en casi igual período en un 600%.

En fin, el extraordinario desarrollo industrial logrado especialmente en la industria pesada, permitió al pueblo soviético preveer justificadamente la posibilidad de mejorar su nivel de vida en lo que a artículos de consumo se refiere.

La nueva política del período Khrushchev, liquidó en gran medida la burocratización y suprimió el terror y, basado en las nuevas condiciones económicas de la URSS, liberalizó el régimen y procedió a aumentar la producción y distribución de los bienes de consumo, aunque parece que aún no se logra este propósito en los términos que la población reclama. Aún así, según cifras soviéticas, el aumento del consumo en la URSS es de un 5% anual, mientras en los Estados Unidos sólo es de un 1% anual.

Las nuevas formas de la política interna fueron acompañadas de la elaboración de una política internacional adecuada a los éxitos soviéticos en la economía y en el progreso científico.

Esta política nueva, consecuencia indiscutible del crecimiento económico logrado por la Unión Soviética, trajo consigo discre-

pancias profundas en el movimiento comunista, representadas por la actitud contumaz del Partido Comunista Chino (PCCh).

En materia internacional, el PCUS revivió la teoría leninista de la coexistencia pacífica, construida en los inicios de la revolución bolchevique —sus primeros síntomas se manifestaron en 1920— como un modo de defensa de la Unión Soviética frente al acoso del imperialismo y como manifestación de la necesidad de construir el socialismo en un solo país ante la evidente derrota de los proyectos de promover una revolución mundial.

En la concepción soviética, “los países de la comunidad socialista son el baluarte principal de todas las fuerzas revolucionarias de nuestro tiempo y el firme punto de apoyo de la causa de la paz en el mundo entero. La lucha entre el socialismo mundial y el imperialismo mundial es el contenido principal de nuestra época, el eje de la lucha de clases en escala mundial” (1). De ahí que consideren la construcción del comunismo en la Unión Soviética como una tarea fundamental, como el hecho clave que va a definir, según ellos, la lucha entre socialismo y capitalismo, a través del proceso de competición pacífica, el que demostrará a los trabajadores la superioridad neta del sistema socialista e inyectará nuevas fuerzas a los movimientos de liberación y a la clase obrera. Khrushchev fue el representante más tenaz de este planteamiento. Sus viajes destinados a estrechar vínculos con países occidentales, su actitud frente a la política de los estados imperialistas, toda llena de un interés permanente por preservar las condiciones de paz y por garantizar la tranquilidad de la Unión Soviética, incluso, a veces, con el sacrificio de otras naciones o fuerzas socialistas, fueron la tónica de su gobierno. Khrushchev logró que la tesis soviética triunfara y fuera aprobada por la gran mayoría de los Partidos Comunistas del mundo, a costa sí de acentuar tendencias centrífugas que hoy parecen ya profundamente arraigadas entre los Partidos Comunistas europeos y de producir la agitada polémica con el PCCh.

Las concepciones soviéticas de coexistencia pacífica entre estados de sistema social diferente y de transición pacífica del capitalismo al socialismo, el planteamiento en torno al problema de la construcción del comunismo, y otras concepciones no menos importantes, todas ellas orientadas hacia la salvaguardia de los intereses soviéticos identificados por el PCUS con los intereses del socialismo mundial, pasaron a ser el tema más importante de discusión y de debate no sólo en el mundo socialista.

Nikita Khrushchev fue su sostenedor más apasionado y convencido. Logró que 81 Partidos Comunistas reunidos en Moscú en 1960,

(1) “La lucha del PCUS por la cohesión del Movimiento Comunista mundial” Informe de M. Suslov, presentado al CC del PCUS el 14 de febrero de 1964.

expresaran en su declaración final que “los países en que el socialismo ha triunfado influirán en el desarrollo de la revolución mundial principalmente mediante su construcción económica”. “No está lejos —agrega la declaración— el momento en que la cuota del socialismo en la producción mundial será más grande que la del capitalismo. El capitalismo será derrotado en la esfera del esfuerzo humano, la esfera de la producción material”. Llegaba el momento de preguntarse si los intereses de la Unión Soviética no habrían entrado en contradicción con los intereses de la revolución socialista en otros países. El movimiento contrario a las ponencias rusas surgió con fuerza decisiva en muchos planos y produjo finalmente la eclosión de acontecimientos que vivimos hoy. Khrushchev sucumbió en la batalla.

CHINA DESAFIA China es el primer país del mundo en población y el tercero en extensión geográfica. Víctima de una larga e inmisericorde rapiña imperialista, derrotada en varias guerras, dividida internamente, traicionada por la burguesía extranjerizante encabezada por Chiang Kai Shek, económicamente superatrasada, comenzó con singular esfuerzo su revolución socialista casi 30 años después que la Unión Soviética. Era y sigue siendo hoy día un país subdesarrollado, no obstante haber iniciado con éxitos notables la senda de la construcción del socialismo.

De ahí que, si ha habido un país en el mundo que necesitara de una gran ayuda, ese ha sido China. Su superficie agrícola es un 25% inferior a la norteamericana mientras su población es aproximadamente 4 veces superior a la de los Estados Unidos. Su principal problema, en consecuencia, era el de la alimentación. Su industria casi no existía.

Sin embargo, en unos cuantos lustros se ha empinado por sobre su miserable situación y a través de formas revolucionarias originales y de concepciones creativas de valor inestimable, ha logrado, fundada esencialmente en un grandioso esfuerzo nacional, crecer hasta límites que le otorgan hoy día el carácter de potencia mundial. La magnitud de su autoempuje queda demostrada al observarse que en el quinquenio 1952-1957, por ejemplo, la ayuda soviética representó únicamente el 3% del total de las inversiones estatales. La ayuda técnica fue, eso sí, de magnitud importante.

China, en consecuencia, se ha transformado en un vocero de las naciones subprivilegiadas. He ahí, entonces, cómo ha enfrentado a la poderosa Unión Soviética, ahora país rico e industrializado, en una polémica ideológica cuyo origen parece estar en el diferente grado de desenvolvimiento económico. “China es hoy una sociedad pobre que se empeña en la industrialización con tremenda fuerza; Rusia está convirtiéndose en una sociedad rica que trata de desarrollar y conservar lo que ya tiene”. (2)

Las críticas chinas toman, primeramente, la forma de un verdadero escapismo, cuando aún no suficientemente decidida a enfrentarse a la URSS, lanza mordientes ataques a Yugoslavia por su política exterior, criticando a la distancia la política soviética. Luego la URSS pasa al primer plano —superadas ya las inhibiciones chinas— y el “gran debate” comienza a plantearse cada vez con mayor crudeza, insolencia y, a veces, mala intención.

Para los chinos “la zona principal de las tempestades de la revolución mundial son las amplias regiones de Asia, Africa y América Latina” (3), mientras el sistema socialista mundial es sólo un punto de apoyo para llevar adelante las luchas de liberación. Como tal punto de apoyo, los países socialistas deben estar permanentemente a la ofensiva contra el imperialismo y no transformarse en frenos del proceso mundial revolucionario, so pretexto de fortalecerse a sí mismos. La coexistencia pacífica, planteada en los términos en que lo ha hecho la Unión Soviética, constituye para los chinos una política blanda llevada a límites extremos en algunos casos (4).

La orientación concretada en los Congresos XX y XXII del PCUS, es el centro del ataque chino. La despersonalización del régimen soviético después de Stalin no es claramente comprensible para los chinos quienes, dirigidos largos años por Mao, no han sufrido las consecuencias de la burocratización y el terror.

En fin, la negativa soviética a proporcionarles armas nucleares, constituyó para ellos una nueva claudicación frente al imperialismo y una manifestación de un sentido nacionalista exhacerbado, dirigido hacia la perpetuación de un ilegítimo monopolio nuclear.

La polémica llegó así, a través de sucesivas cartas entre los Comités Centrales del PCUS y el PCCh y de una ofensiva propagandística en gran escala, en que si bien los chinos no logran éxitos mayores obtienen algunos parciales, a un límite en que la escisión es una alternativa que no se puede descartar.

LA CONFERENCIA MUNDIAL: ¿ESCISION O UNIDAD? Ante la gravedad de una situación que sólo aporta beneficios al imperialismo, surge la posibilidad de celebrar una reunión mundial de Partidos Comunistas.

La Unión Soviética decide efectuar la convocatoria a la reunión señalada, lo que contribuye a agravar aún más las diferencias. Los soviéticos piensan que la Conferencia podría constituir una posibilidad adecuada para unificar puntos de vista y de, en último término, propinar una derrota de proporciones al PCCh y a su

política. Temen, además, que el tiempo no juegue en su favor —¿por qué?— y así se desprende del siguiente párrafo de la carta enviada por el Comité Central del PCUS a su congénere del PCCh con fecha 15 de Junio del presente año: “Al aplazar la conferencia internacional por un largo tiempo, el CC del PCCh cuenta con que aprovecharía ese tiempo para aumentar el número de sus partidarios, haría de ellos instrumentos obedientes de su política y de esta manera intentaría crear para sí condiciones favorables en la futura conferencia”. Más adelante los soviéticos se cuidan las espaldas y expresan que “no es necesario ser profeta para presagiar el fracaso completo de estos cálculos”. No obstante, basta con examinar someramente el panorama mundial del movimiento comunista, para apreciar que, con mayor o menor fuerza, las concepciones chinas han logrado una penetración importante.

Para los dirigentes chinos, la Conferencia —bien lo comprenden— no constituiría precisamente una victoria. De allí que, estimando que el tiempo es su aliado, traten de postergarla expresando la necesidad de llegar a acuerdos previos entre Moscú y Pekín, los que, consideran, podrían incluso prolongarse varios años en su concreción. La Conferencia constituiría según ellos, el paso definitivo hacia el cisma, sería, en el fondo, un intento soviético de aislar definitivamente a China del resto de los países y partidos comunistas. Sin embargo, entienden también que la Unión Soviética antes que el cisma prefiere la unidad y, más que eso, la necesita ante las nuevas embestidas del imperialismo. Por lo demás, la disidencia china le produce complejos problemas en sus relaciones con Occidente y acentúa tendencias centrífugas en algunos partidos comunistas europeos.

De ahí, entonces, que conscientes de estos hechos, los chinos lancen un desafío en que no dejan salida posible a la Unión Soviética, como queriendo propinarle un castigo del que no hay escapatoria. Su carta del 28 de Julio de 1964 al PCUS, así lo expresa, sin disimulo: “Puesto que ustedes han tomado la decisión, muy probablemente celebrarán la conferencia. En caso contrario, ¿no se convertirían ustedes en un eterno hazmerreir, de no cumplir su palabra? Como reza un dicho, ustedes no pueden apearse del tigre sobre el que cabalgan. Se encuentran en un dilema sin solución. Están cayendo en la trampa armada por ustedes mismos y terminarán dejando el pellejo en la empresa”. Luego afirman: “No nos cabe duda de que el día en que celebren su conferencia será el momento en que entren en la tumba”. Y finalizan: “Si se niegan a escucharnos y están decididos a meterse en el atolladero, bueno, ¡hagan como les parezca! Entonces sólo podremos decir:

“Sin remedio, las flores se deshojan;
las golondrinas amigas retornan”.

En algunos casos, la paciencia es arma poderosa e inapreciable virtud del revolucionario.

(2) Fromm, Erich. “¿Podrá sobrevivir el hombre?”, Ed. Paidós, Baires, 1962, pág. 159.

(3) Carta del CC del PCCh al CC del PCUS, de fecha 14 de junio de 1963.

(4) Ver “ARAUCO” Nº 57, “El pueblo soviético tiene la palabra”, por Adolfo Gilly.

LAS FLORES SE DESHOJAN La delicada metáfora china, parece haberse hecho real, al menos en parte, y con prontitud inesperada. Su víctima: Nikita Khrushchev, repentinamente eliminado de sus cargos de Primer Ministro de la Unión Soviética y Secretario General del PCUS, con fecha 15 de octubre.

Las explicaciones dadas a tan súbito y sorprendente acontecimiento —no hubo señales previas que permitieran preverlo— han sido de todas layas y tipos. Dejaremos de lado las baladíes razones de salud, para examinar algunas otras.

La época stalinista parece no haber sido borrada aún de modo definitivo en la vida soviética. Esta afirmación se expresa en dos hechos: primero, en algunos de los errores imputados a Khrushchev, y, segundo, en el hecho mismo de su remoción.

Ha sido el propio PCUS a través de sus órganos máximos y de su prensa, el que ha expresado como una de las causas del reemplazo de Khrushchev las reminiscencias personalistas, la falta de autocrítica y el nepotismo. Errores todos que afloran en virtud de imperfecciones del sistema, tales como las deficiencias en la aplicación de las normas de democracia interna dentro del Partido. En cuanto a la remoción de Khrushchev, ésta se ha realizado permaneciendo absolutamente ajeno el pueblo soviético. Es decir, en su procesamiento parecen haberse cometido los mismos errores que se le achacan al procesado. La verdad es que las actitudes personalistas de Khrushchev fueron posibles debido a que la Unión Soviética no ha alcanzado los mismos progresos en su desarrollo institucional que en su desarrollo económico. Igual explicación vale para entender las criticables formas que adoptó su reemplazo.

El segundo grupo de causas que aclaran la desaparición de Khrushchev de la escena política mundial, son las de orden económico. Se le culpa en parte importante de los fracasos agrícolas, de haberse embarcado en proyectos faltos de la debida coordinación y de no haber logrado un mejoramiento sensible en la calidad y número de la producción de bienes de consumo. Como es sabido, la economía soviética ha alcanzado en la industria pesada un éxito casi inesperado. Asimismo tuvo resultados exitosos la política emprendida durante el período de Khrushchev en relación con la química, hoy transformada en una de las bases de la economía de la URSS. No obstante, los fracasos registrados en la agricultura, que obligaron a la URSS a efectuar durante 1963 una compra importante de trigo a los Estados Unidos, significaron un golpe rudo al prestigio del Primer Ministro. Asimismo, constituye hoy un problema arduamente debatido el de la pobre calidad de la industria soviética de bienes de consumo, problema que Khrushchev fue incapaz de superar. En materia de fertilizantes, rubro de gran trascendencia en las posibilidades de mejoramiento de la

política agraria, si bien se registró un aumento auspicioso, no se han alcanzado las metas propuestas, lo que colocaría a la Unión Soviética ante graves problemas agrícolas para este año y el siguiente.

En todo caso, ambos tipos de causas, las de política interna y las razones de orden económico, no son ni con mucho suficientes para explicar el porqué de la remoción de Khrushchev.

Es indudable que el punto clave en la decisión tomada por el PCUS, ha sido el problema con el PCCh. Como ya lo hemos señalado en líneas anteriores, el cisma en el movimiento comunista mundial estuvo a punto de producirse. Y no sólo el cisma. Les guste o no a los soviéticos, la postura china venía en este último tiempo ganando adeptos en casi todos los países del mundo. La creación de hecho de dos Partidos Comunistas, el uno afecto a Moscú y el otro a Pekín en varios países, ha debido ser uno de los motivos más serios de preocupación para los dirigentes soviéticos. Las posibilidades de creación de incluso tres Partidos Comunistas en un solo país, como parece ser el caso suizo donde existiría un tercer conglomerado comunista "neutral" en el conflicto, abría las puertas a un proceso de atomización, muy grave en su contenido y en sus imprevisibles consecuencias. La creciente influencia china en Asia, en menor medida en Africa y aún no tan peligrosa en la América Latina, amenazaba con dejar a la Unión Soviética en un mal pie internacional, desprestigiada ante vastos sectores trabajadores convencidos de las acusaciones chinas y debilitada ante Occidente por la fuerte oposición interna en el propio campo socialista.

La política de coexistencia daba frutos para la URSS en sus relaciones cada vez más amistosas con Occidente, pero fracasaba rotundamente en las relaciones con los países socialistas, transformada casi en una "guerra fría". La crisis del Caribe, de la que parece haber sido Khrushchev el exclusivo culpable, y la actitud soviética en el conflicto chino-hindú, constituyeron destacadas causas del agravamiento de la situación.

El vocero, el paladín de toda una política de varios años, peligrosamente beligerante frente a China Popular, había sido Nikita Khrushchev. Su remoción obedece, pues, en un alto porcentaje, al deseo de virar la política frente a China, de buscar nuevas fórmulas de arreglo. Khrushchev se había transformado, prácticamente, en un obstáculo de tipo personal para la conciliación.

De su reemplazo, quedan ricas experiencias que vale la pena señalar. En primer término, es posible concluir que la Unión Soviética ha alcanzado progresos en su regimentación política, logrados precisamente a través de la acción de Khrushchev, pero que estos progresos no son ni lejanamente suficientes. El régimen soviético carece todavía de la necesaria elasticidad y amplitud como para que sea el pueblo quien tome decisiones fundamentales. En hechos

que le han sido casi totalmente extraños, su líder de muchos años ha sido eliminado de las responsabilidades gubernamentales que tenía. Seguramente, para más de un soviético, esto ha constituido una sorpresa y quizá un desagrado.

En cuanto a las relaciones internas del comunismo mundial, cabe hacer notar la absoluta falta de información de los Partidos Comunistas de los diversos países. Los italianos tienen que enfrentar una campaña electoral en la que han debido explicar los acontecimientos soviéticos a su masa partidaria y simpatizante. Es decir, cargan hoy día con culpas en las que no han tenido participación alguna. Estos hechos, revelan la necesidad de hacer más sólidas las tendencias policéntricas y de, sin abandonar los principios internacionalistas, conciliarlos con una disminución del ligamen de los Partidos Comunistas con el PCUS y la URSS.

UNA NUEVA POTENCIA NUCLEAR Los hechos ocurrieron muy a tiempo en la Unión Soviética. Tal vez la coincidencia entre el reemplazo de Khrushchev y la explosión atómica china, no haya sido casual sino intencionada.

El largo proceso de discusión entre China y la URSS por el asunto de las armas nucleares, llegó el 16 de Octubre a su fin. La explosión experimental realizada por los chinos ha colocado a su país entre las cinco grandes potencias mundiales, sin discusión alguna. Junto a la URSS, Estados Unidos, Inglaterra y Francia, la República Popular China es ahora poseedora de armas atómicas.

La bomba china trae consigo consecuencias de interés en dos planos: en la política internacional general y en el conflicto interno del mundo socialista.

En el primero de ellos, al transformarse China en potencia nuclear ha despertado grandes inquietudes. Tanto por el significado que en el futuro pueda tener en el equilibrio entre los bloques militares, como porque abrió la posibilidad a la ampliación del que se ha dado en llamar "club atómico". En la actualidad se considera que varios países disponen de los medios y conocimientos como para fabricar artefactos nucleares, no obstante lo cual no lo han hecho todavía: Suecia, Suiza, Israel. Fuera de ellos hay otro grupo que desea poseer dichas armas. Ha sido en este grupo, en el que milita la República Federal Alemana, en el que el mundo ha puesto sus ojos. Es perfectamente posible que después de la experiencia china, los Estados Unidos y el gobierno de Bonn aceleren un acuerdo para la creación de una fuerza nuclear multilateral en Europa, aún superando las trabas que ha puesto la Francia degaullista. Si así fuera, indudablemente significaría un retroceso para la coexistencia pacífica y una grave amenaza para la paz.

En el mismo terreno, pareció probable en los días siguientes a la explosión, que India iniciase una ofensiva hacia la consecución de

los secretos atómicos. Los temores parecen desvanecerse ante los últimos acuerdos adoptados por el Partido del Congreso, en los que expresa que India no producirá armas atómicas. Aún así, la protección norteamericana a algunos puntos claves en el Asia se verá acentuada y no es improbable un mayor acercamiento hindú hacia el bloque occidental.

En sus relaciones con la Unión Soviética, los chinos han ganado en prestigio, han mejorado, para ser más explícitos, su "calidad". La pugna ya no se puede desarrollar en un plano inclinado de subordinación o dependencia, sino en un plano de mucha mayor igualdad o equiparidad. China ha demostrado su potencia creadora y ha advertido que es un rival más peligroso de lo que se creía.

Militarmente, en fin, se dice que poco significado tiene la bomba china. Los norteamericanos la han catalogado como de baja potencia, aunque ello no ha sido obstáculo para que cunda la preocupación, no sólo en los círculos gobernantes estadounidenses, sino que en todos los sectores. La verdad es que si bien hoy día la bomba ha sido más una bomba política que atómica, mañana podrá ser las dos cosas: en Inglaterra se calcula que en 1966 China podrá producir bombas de hidrógeno.

Por todo lo expresado, pareciera que la bomba china ha contribuido a producir una mayor tensión internacional. Creemos que en el análisis de largo alcance, tal conclusión es equivocada o, por lo menos, no tan definitiva. Es perfectamente posible que la explosión atómica china signifique un aporte valioso a la causa de la paz, en primer término, haciendo más evidente la necesidad de aceptar a China dentro de Naciones Unidas y, en segundo lugar, conduciendo a los círculos imperialistas propiciadores de la guerra nuclear al convencimiento de una inferioridad que los llevaría rectamente a la catástrofe.

En tal sentido hay hechos positivos que merecen mencionarse: uno, es la declaración formulada por China después de efectuada la explosión, en la que llama a proscribir el armamento nuclear. "China —expresa dicho documento— está desarrollando armas nucleares no porque creamos en la omnipotencia de las mismas, no porque China intente emplearlas, la verdad es exactamente lo contrario. El propósito de China, al desarrollar armas nucleares, es romper el monopolio nuclear de las potencias nucleares y eliminar estas armas".

Otro hecho importante es el eco que tuvo esta declaración en el Secretario General de la NU, U Thant, quien planteó la necesidad de efectuar una Conferencia entre las potencias atómicas, incluida naturalmente China, a fin de lograr la supresión del armamento nuclear.

Si los éxitos atómicos de la República Popular China contribuyen a la paz o, por el contrario, nos conducen a la guerra, deberá responderlo el tiempo.

LOS NUEVOS SENDEROS Las perspectivas de nuevos cambios creadas por los dos sucesos a que hemos dedicado estas líneas, son de una vastedad fácil de apreciar. Discernir en ella lo posible de lo imposible, lo probable de lo improbable, sería tarea de adivinos. Sólo algunos hechos pueden ser señalados —y con reservas— como especulaciones con una base seria.

El diálogo relativamente cordial entre la URSS y China se ha reiniciado durante la celebración de los 47 años de la Revolución de Octubre, talvez como el mejor saludo a dicho aniversario. Nada concreto, salvo dos o tres cosas, se sabe de las conversaciones sostenidas entre Brezhnev y Chou. Los resultados de que se ha informado, parecen establecer una especie de compensación entre los dos partidos. Por un lado, el PCCh ha obtenido la suspensión de la proyectada conferencia mundial de Partidos Comunistas, y por el otro, el PCUS ha logrado reiniciar las conversaciones y parece haber obtenido el cese de la polémica pública. Hasta hoy ha habido sólo un gran sacrificio: Khrushchev, desplazado en el ara de la reconciliación. Las posibilidades de que estos sacrificios o procesos de superación de los obstáculos personales se amplíen, no están exentas de fundamento.

En primer término, es posible que la cesación del "gran debate" no sea del absoluto agrado de algunos dirigentes comunistas de Europa Oriental. De establecerse nuevamente relaciones cordiales entre la URSS y China, parece obvio que la Unión Soviética tendría que iniciar un plan de ayuda económica en favor de los chinos. La ayuda soviética no es ilimitada y, más que eso, tiene marcos difíciles de superar constituidos por la imperiosa necesidad planteada por la política soviética de aumentar permanente y aceleradamente el nivel de vida del pueblo. Recordemos que en un plan de colaboración económica como el indicado, cada soviético tendría que cooperar con casi cuatro chinos. La ayuda tendría que obtenerse en gran parte de la distracción de fondos ahora destinados a colaborar con los países de Europa Oriental y con los no alineados tales como la RAU. Este hecho provoca, como es natural, preocupación en la órbita socialista. La conducción de una nueva política de cooperación en el mundo socialista requeriría de una absoluta quietud para hacer provechosa la reconciliación. Probablemente algunos gobernantes como Janos Kadar, adictos o deudores de Khrushchev, tendrían que ser eliminados.

No es tampoco una posibilidad descabellada, aunque parezca improbable, que la superación de los obstáculos de tipo personal conduzca al reemplazo de Mao en la dirección china, en virtud de exigencias que podría efectuar la Unión Soviética.

En lo que se refiere a las relaciones del PCUS y el PCCh con el resto de los Partidos Comunistas, es importante registrar la actitud en cierto modo rebelde e inquisitiva que han observado los

Partidos Comunistas de Europa Occidental, muy en especial el italiano y el francés, ante la remoción de Khrushchev. Estos hechos, junto a otros de importancia, como el testamento político de Togliatti, han marcado las tendencias centrifugas en el movimiento comunista, abriendo ricas posibilidades de desarrollo a los movimientos populares.

La política soviética frente a Occidente, parece no mostrar signos de cambio. La coexistencia, según lo han declarado los nuevos dirigentes soviéticos, sigue siendo la base de la política exterior de la URSS. No obstante, un avenimiento con los chinos tendrá que traer consecuencias. Que éstas no serán el abandono de la coexistencia como planteo esencial, parece probable. Pero creemos que una nueva interpretación de la tesis mencionada, es no sólo procedente, sino que se hace necesaria e indispensable para lograr bases de arreglo. Una estrecha coordinación de la propaganda soviética y china sería un primer paso importante, por lo demás ya anunciado. Una actitud más dura frente al imperialismo y una consideración más atenta a los movimientos de liberación nacional, serán seguramente exigidas por los chinos, acrecentándose la importancia de los países subdesarrollados en el juego político internacional.

En fin, es de esperar que después de tan largos años de disputa, la contradicción socialista se resuelva en formas superiores de acción, abriendo con amplitud los nuevos cauces a la expresión popular. El hecho de que las dos luchas de liberación más importantes del último tiempo, las de Cuba y Argelia, no hayan sido conducidas bajo la batuta de Partidos Comunistas, es un hecho significativo que no debe ser dejado de lado. En primer lugar, porque establece de manera irrefutable la posibilidad de ensanchar las puertas del movimiento socialista internacional a grupos no comunistas, y, en segundo término, porque constituye una reafirmación de la necesidad de desligarse de vínculos externos en la conducción de los movimientos revolucionarios, lo que permitirá, estamos ciertos, una lucha popular homogénea, sin sectarismos, y con venturosas perspectivas. Si el "centro único" y con él el monopolio parecen haber fenecido en lo que a conducción internacional se refiere, el monopolio censor de los partidos en el plano nacional, debe ser superado. Este ha de ser, en última instancia, el camino del fortalecimiento de los propios partidos y de todo un movimiento popular. Todo paso hacia la apertura frente a sectores de trabajadores e intelectuales revolucionarios, es un paso hacia la unidad, es una demostración de que fórmulas de superación nacen y se gestan en dialéctico devenir dentro del seno del socialismo para hacer más plausibles y efectivas las posibilidades de victoria.

Es de esperar que haya llegado la hora de decir frente al panorama mundial socialista, tal como los chinos, "las golondrinas amigas retornan".